



gon para recibir, servir y acompañar á su rey, todos con gran muestra de alegría y grandes regocijos y recibimientos; que todos los pueblos por do pasaba le hacian procesiones y rogativas por su salud y larga vida. Tenia el niño para aquella edad buena presencia, y la estatura del cuerpo mayor que pedian aquellos años; muestra de lo que fué adelante, de su valor y grandeza.

El conde de Monforte se quedó para proseguir la guerra. El legado, que en todo tenia mano, hizo convocar córtes para la ciudad de Lérida, con atencion á dar asiento en todas las cosas. Juntáronse á su llamado los señores, ricos hombres, los prelados y procuradores, para el día que les señalaron. Los infantes D. Sancho y D. Fernando no quisieron acudir por ver el pleito mal parado. En aquellas córtes todos los que presentes se hallaron de los tres brazos del reino, juraron al nuevo rey: cosa nueva en Aragon, pero que deste principio quedó asentado para adelante, y así se acostumbra de jurar aquellos reyes. Nombraron por ayo del niño para que le amaestrara á D. Guillen Monredon, maestre y superior de los templarios en aquel reino, y el principal de los embajadores que se enviaron al papa. Señalaron otrosí la fortaleza de Monzon para que allí se criase el nuevo rey, hasta tanto que las parcialidades se compusiesen, y que él tuviese edad para encargarse del gobierno. Entre los ciudadanos de Zaragoza y la gente de Navarra se abrió la contratacion, que segun parece tenian impedida por causa de las alteraciones de Aragon, ó por otras diferencias que siempre resultan entre los reinos comarcanos, mayormente que el rey D. Sancho de Navarra por su edad y poca salud poco podia acudir al gobierno y al amparo de sus vasallos, ántes vivia retirado en el castillo de Tudela sin atender ni á las cosas de la guerra ni á las del gobierno.

Esto pasaba al fin deste año, en que cerca de la ciudad de Tornay, principal en los estados de Flándes, y puesta á la ribera del rio Escalda, el emperador Othon, y Felipe, rey de Francia, tuvieron una sangrienta batalla. Estaba de parte del emperador D. Fernando, infante de Portugal, casado con la condesa propie-

taria de Flándes, que vencidos y desbaratados los de su parte y los imperiales, quedó preso por largo tiempo en poder de los franceses. Esta fué la famosa batalla de Bovinas, así dicha de un puente junto al cual se dió. En Aragon todavía continuaban en procurar algun medio de paz: parecióles sería conveniente para contentar á D. Sancho, conde de Ruysellon, encargarle el gobierno del reino de Aragon, como se hizo el año siguiente de mil y doscientos y quince. Lo que pensaban sería ocasion de sosiego, sucedió muy al reves; que como persona deseosa de mandar, con la mano que le dieron se encendió en mayor deseo de coronarse por rey, de que resultaron mayores revueltas y bullicios, como se verá adelante.

Las cosas de Castilla no estaban en mejor estado. Era el nuevo rey D. Enrique de once años, cuando por muerte de su padre, y por haber faltado sus hermanos mayores, sucedió en aquella corona. Encargóse su madre del gobierno, como era razon, que duró poco por la muerte que muy en breve le sobrevino. En su testamento nombró para el gobierno en su lugar y para la tutela del rey á doña Berenguela, su hija, reina de Leon, aunque apartada de su marido. Esta señora, por ser de ánimo varonil y muy poderosa en vasallos, ca tenia por suyas las villas de Valladolid, Muñon, Curiel y Santistéban de Gormaz, por merced y donacion que dellas le hizo el rey su padre cuando volvió á Castilla, sustentaba el peso de todo, y áun ayudaba con su hacienda á los gastos que forzosamente en el gobierno se hacian. ¿Quién podrá bastantemente encarecer las virtudes desta señora? Su prudencia en los negocios, su piedad y devocion para con Dios, el favor que daba á los virtuosos y letrados, el celo de la justicia con que enfrenaba á los malos, el cuidado en sosegar algunos señores que gustaban de bullicios, y que el rey su hermano se criase en las costumbres que pertenecen á estado tan alto? Sólo la aquejaba la muchedumbre de los negocios y el deseo que tenia de su recogimiento y quietud. Olieron esto algunos que tienen por costumbre calar las aficiones y desvíos de los príncipes para por aquel medio encaminar sus particulares; en especial los de la casa



de Lara, como acostumbrados á mandar, procuraron aprovecharse de aquella ocasion para apoderarse ellos del gobierno.

Eran tres hermanos, Alvaro, Fernando y Gonzalo, hijos de D. Nuño, conde de Lara, poderosos en riquezas y en aliados. Estos hacian poco caso del rey, por ser niño, y de su hermana por ser mujer. Pretendian salir con su intento, quier fuese con buenos medios, quier con malos. Ofreciéronse dos ocasiones muy á propósito: la una que un hombre particular, llamado Garci Lorenzo, natural de Palencia, tenia mucha cabida con doña Berenguela. De la industria deste hombre y de su maña, que era muy grande, se pretendieron valer, y para esto le prometieron, si terciaba bien y les acudia conforme á su deseo, de darle en premio la villa de Tablada, que él mucho deseaba. La segunda y de ménos importancia fué la ausencia que á la sazón hizo D. Rodrigo, arzobispo de Toledo, que sólo por su mucha autoridad y prudencia pudiera descubrir y desbaratar estas trazas. Partióse para Roma para hallarse con los demas prelados en el concilio Laterano, que por sus edictos tenia convocado el papa Inocencio. Juntáronse á su llamado cuatrocientos y doce prelados, entre ellos los setenta y uno eran arzobispos, el patriarca de Jerusalem y el de Constantinopla. El Alejandrino y el Antioqueno no acudieron, pero enviaron sus tenientes que supliesen sus veces. Los demas sacerdotes que acudieron, apénas se podian contar. Los negocios que en este concilio se trataron fueron muchos y muy graves. Sobre todo, pretendian renovar la guerra de la Tierra Santa y apaciguar las alteraciones de Francia, que los herejes traian revuelta.

Abrióse el concilio por el mes de Noviembre, en la iglesia de San Juan de Letran. Entre los demas padres se señaló mucho el arzobispo D. Rodrigo; hizo una oracion á los del concilio en lengua latina, pero mezcladas sentencias y como flores de las otras lenguas, italiana, alemana, inglesa, francesa, como el que bien las sabia, que puso admiracion á los padres hasta decir que, desde el tiempo de los apóstoles, nunca se vió cosa semejante. En particular se trató de la primacia de Toledo, á cau-

sa que los arzobispos de Tarragona, Braga, Santiago y Narbona no le querian reconocer ventaja por razones que cada cual en su defensa alegaba. Presentáronse por la iglesia de Toledo las bulas de los pontífices romanos más antiguos, sus sentencias y determinaciones, los decretos de los concilios, argumentos y probanzas tomadas de la antigüedad, que en los hombres es venerable y en las ciudades se tiene por cosa sagrada. Salieron á la causa el arzobispo de Braga y el de Santiago, que presentes se hallaron, y el obispo de Vique, como lugarteniente del de Tarragona. Pretendian alegar, y alegaron, de su derecho, y responder á los argumentos y razones que por el de Toledo militaban.

No se procedió á sentencia, á causa que algunos de los interesados se hallaban ausentes y era necesario oírlos. Sólo concedió el papa al arzobispo D. Rodrigo, que por espacio de diez años tuviese autoridad de legado en toda España; y que si la ciudad de Sevilla viniese á poder de cristianos, como esperaban que sería en breve por la flaqueza de los Almohades, que en tal caso quedase sujeta al arzobispo de Toledo, como á primado, sin que pudiese contradecir ni apelar deste decreto. Concedióle demas desto facultad de dispensar y de legitimar trescientos hijos bastardos, y que en todas las iglesias de España en las ciudades que se ganasen de moros, pudiese nombrar y poner los obispos y sacerdotes que en ellas faltasen. Grande fué el crédito que el dicho arzobispo ganó en aquel concilio, no sólo por las muchas lenguas que sabia, sino por sus muchas letras y erudicion, que para aquel tiempo fué grande. Dejó dos libros escritos, uno de la historia de España, el otro de las cosas de los moros, fuera de otro tratado que anda suyo en defensa de la primacia de su iglesia de Toledo.

Tocante á la guerra de la Tierra Santa, se acordó y decretó en el mismo concilio, que todos los eclesiásticos ayu lasen para los gastos y para llevarla adelante con cierta parte de sus rentas. Con este subsidio enviaron gente de socorro, y por su general á Pelagio, cardenal y obispo Albanense, de nacion español, segun que lo testifica D. Lucas de Tuy, y que con es-



te socorro se ganó la muy famosa ciudad de Damiatá, puesta en lo postrero de Egipto. Cuanto á las revueltas de Francia, los dos Raimundos ó Ramones, padre é hijo, condes de Tolosa, acudieron al concilio para pleitear contra Simon de Monforte, que los tenia despojados de su estado.

La resolucíon fué que los condenaron como á herejes, y adjudicaron á Simon de Monforte la ciudad de Tolosa con todo aquel condado, y los demas pueblos y ciudades que habia ganado á los herejes con su valor y buena maña. En virtud de lo cual fué á verse con el rey de Francia para hacerle sus homenajes como feudatario suyo por aquellos estados, como lo hizo, y juntamente asentó con aquel rey confederacion y perpétua amistad. Pero como quier que no se fiase de los vasallos, que todavía se inclinaban á sus señores antiguos, hizo desmantelar las ciudades de Tolosa, Carcasona y Narbona, por donde y por los tributos muy graves que derramó sobre aquellos estados, incurrió en grave odio de los vasallos, de tal manera, que muchos pueblos á la ribera del río Ródano se le rebelaron y se entregaron á Raimundo, el más mozo, hijo del despojado y áun poco adelante se perdió la misma ciudad de Tolosa: para todo ayudó mucho, que diver-

sos señores de Francia y de Cataluña, sin embargo de lo decretado por el papa y por el concilio, acudieron con sus fuerzas á aquellos príncipes despojados y pobres.

El de Monforte pretendia con sus gentes recobrar aquella ciudad de Tolosa, y se puso con este intento sobre ella, y áun saliera con la empresa, si no le matáran con una piedra que dispararon los cercados de un trabuco: hombre dignísimo de más larga vida y de mejor fin, por sus muchas virtudes y valor, y que á la destreza de las armas, igualaba su piedad y amor de la religion católica. Dejó dos hijos en edad muy florida, el uno se llamó Aimerico, el otro Simon. El Aimerico, luégo que mataron á su padre, alzó el cerco, y perdida grande parte de aquellos estados, desistió de la guerra. No se igualaba á su padre en grandeza de ánimo, en hazañas y valor: así, desconfiado de poder sosegar aquellos vasallos, y contrastar con tantos príncipes como le hacían resistencia, se resolvió de renunciar aquellos pueblos y entregalos al rey de Francia, que en recompensa le nombró por su condestable, trueco muy desigual: esto pasó tres años adelante; volvamos á la órden de los tiempos que poco arriba dejamos.

Los de la casa de Lara se apoderaron del gobierno de Castilla.—D. Enrique.—D. Fernando el Santo.

CAPÍTULO VI

Los de la casa de Lara todavía continuaban en su pretension, y solicitaban á Garcí Lorenzo para que les ayudase: él, engolosinado con las promesas que le hacían, y porque no se le pasase aquella ocasion de adelantarse, se ofreció de hacer todo lo que le pedían. Sólo esperaba alguna buena coyuntura; y hallada, dijo un día á la reina gobernadora, que muy descuidada estaba de aquellas tramas, que la carga de aquel gobierno era muy pesada, y sobre las fuerzas mayormente de mujer: encareció mucho las dificultades, los peligros, la diversidad de aficiones y parcialidades que entre los señores y entre los del pueblo andaban. La reina, que mucho deseaba su quietud, fácilmente se dejó persuadir y llevar de aquellas engañosas palabras. «¿Quién (dijo) me podrá des-cargar deste cuidado? ¿Quién os parece á propósito para encargalle el gobierno y la crianza del rey?» Respondió: ninguno en el reino en poder y en riquezas se iguala á los de la casa de Lara, que podrán acudir á todo y reprimir los intentos de los mal intencionados.

Parecióle bien este consejo á la reina y esta traza. Acordó juntar los obispos, los ricos hombres y los señores, para consultar el negocio. Los más, preguntado su parecer, se allegaron al de Garcí Lorenzo, y se conformaron con la

voluntad de la reina, unos por no entender el engaño, otros por estar negociados, otros por aborrecer el gobierno presente, como de mujer, y ser cosa natural de nuestra naturaleza perversa creer de ordinario que lo venidero será mejor que lo presente. Salió por resolucíon que la reina dejase el gobierno del reino y le renunciase en los tres hermanos y señores de Lara. Volvió en esta sazón de Roma el arzobispo D. Rodrigo, con poder y autoridad de legado del papa: no le plugo nada que la reina renunciase: pero el negocio le tenían tan adelante, que no se atrevió á contradecir. Sólo hizo que aquellos señores de Lara en sus manos hiciesen juramento que mirarian por el bien comun y por el pro de todo el reino, en particular que no darian ni quitarían tenencias y gobiernos de pueblos y castillos sin consulta de la reina y sin su voluntad; que no harían guerra á los comarcanos, ni derramarían nuevos pechos sobre los vasallos; finalmente, que á la reina doña Berenguela tendrían el respeto que se debía y era razon tenerle á la que era hermana, hija y mujer de reyes.

Con este homenaje les parecia se cautelaban y aseguraban que todo procedería bien y á contento, como si pudiese cosa alguna enfrenar á los ambiciosos, y si el poder adquiri-